CARLOS ATIENZA

PALIMPSESTO SIN REGUSTO A MAGDALENA

Primera parte

Cruz de madera, cruz de cemento
Iré al infierno si es que miento

EL VENDEDOR DE HISTORIAS

colección crónicas

Carlos Atienza

PALIMPSESTO SIN REGUSTO A MAGDALENA

Primera parte: CRUZ DE MADERA, CRUZ DE CEMENTO

Vision Libros

EL VENDEDOR DE HISTORIAS



Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 Palimpsesto sin regusto a Magdalena
Primera parte: Cruz de madera, cruz de cemento
Carlos Atienza
© 2012 Editorial: Vision Libros
C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España
Web: www.visionlibros.com Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-467-4

Disponible en papel y ebook:
www.visionlibros.com
www.terrabooks.com

Pedidos a: pedidos@visionnet.es. Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a: subscripción@visionnet.es

Al Lector Desconocido,

Cuando uno siente la necesidad de añadir un introito a un escrito, es que teme que éste sea incomprensible o tan críptico que necesite disponer de unas claves para entenderlo.

Mis escritos, me temo, no son ni incomprensibles ni crípticos, quizás tan sólo confusos, quizás hasta anodinos. Y son confusos porque si a lo largo de mi vida he intentado ser reflexivo, sistemático y racional para que ninguna de mis actividades fuera hija de la improvisación (aceptando por ello el riesgo de parecer ser lento de reflejos), en estos postreros tiempos en los que me ha dado por escribir, lo hago sin plan preconcebido. Me imagino que al no tener más meta que alcanzar, me limito a dar paseos curioseando por la naturaleza humana que me rodea o que logro rescatar de mis recuerdos.

El que sigue no podía ser diferente a los anteriores y sus capítulos iban saltando de una cosa a otra sin que tuvieran, en apariencia, mucha relación entre sí. Así me lo hizo ver Valentina[1], mi primera y crítica lectora, que me dijo haber apreciado la primera parte (Cruz de madera, cruz de cemento) sin que entendiera a qué venía lo que seguía. Sirvan estas líneas para intentar despejar sus dudas si es que me las pueden despejar a mí mismo.

[1] **Valentina Mejías González** (Arobes, Asturias, 1944) Profesora de latín.

Todo esto empezó sin preparación y sin ninguna clase de maduración por culpa de la redacción de los "libertinos"[2], una redacción lenta, laboriosa y confusa, y digo confusa porque tampoco estos "libertinos" se estructuraban en torno a ningún guión preestablecido. Lo que había comenzado como un intento de contar de manera novelada la vida y la obra de Cyrano de Bergerac ha ido complicándose a medida que me adentraba en el conocimiento del siglo XVII, el de la revolución de las ideas y del pensamiento, que marca la época que le tocó vivir a un escritor tan desconocido para la mayoría como tan conocido llegara a ser el personaje de teatro ideado por Edmont Rostand que se inspiró en él para lograr la extraordinaria creación post-romántica que ha marcado los escenarios del siglo XX.

Tratar de conocer a Savinien Cyrano para poder explicarlo es imposible sin antes comprender a Descartes y a Gassendi, pero qué sería de Gassendi sin Galileo, Epicuro y Lucrecio o incluso sin Montaigne, Ramus o Francisco Sánchez. Un Gassendi sin el que se comprendería a Voltaire o a Kant.

Indagar los elementos que me permitieran aprehender con sus matices el siglo en el que empieza el modernismo de las ideas, adentrarse en el conocimiento de sus luchas filosóficas y de la sorda batalla librada por la ciencia para sobrevivir a las rígidas y anticuadas directrices de la Iglesia, o comprender las líneas de los planteamientos políticos en unos tiempos en los que se rediseñaban los equilibrios de poder en Europa, suponía en sí mismo un intenso trabajo, pero no servía de mucho sin un mejor conocimiento de la vida diaria, de la evolución de las costumbres y de la lucha de las mujeres para ser consideradas humanas, simplemente

[2] El conjunto de escritos (de momento son tres los tomos que lo componen) que yo llamo "libertinos" no tienen ese título ni ningún otro, de momento.

humanas. Todo eso me ha obligado a interrumpir de vez en cuando ese trabajo para descansar, recolocar en mis anaqueles mentales el ingente acopio de nueva información y poder, así, desatascar las cañerías de un cerebro que no tiene la fluidez de antaño.

Ya había suspendido esos trabajos hace tres años para escribir unos cuantos relatos un poco eróticos[3] (un poco, sólo un poco, porque no quiero que mi familia o mis amigos me tachen de disoluto. Reservo esa disolución para mí y mis sueños…).

Así, en el mes de enero de 2011, dejé de nuevo entre paréntesis "los libertinos" buscando un descanso y como no pretendía nada en concreto, ni tenía ningún plan ni menos aún concierto, me puse a reflexionar sobre lo que me había motivado a ponerme a escribir el "Nitos, cortapicos y callares"[4] y pretendí contar su proceso de redacción. Así surgió el primer capitulo del actual Palimpsesto y al que llamé **"Cruz de madera, cruz de cemento"**, precedido de la mención **"Libro primero"** en un osado pero amistoso guiño a Rabelais.

Ahí debería, o podría, haber acabado el escrito para regresar a mi tarea interrumpida de los libertinos. Estuve a un tris de hacerlo porque, mientras tanto, estaba leyendo a Hobbes que me arrastraba cada vez con más fuerza hacia el XVII, pero estamos en el siglo XXI e inmersos en una confusión económica y social que está haciendo tambalearse a la sociedad que hemos conocido a lo largo de nuestras vidas (algo, por cierto, muy parecido a los comienzos del siglo XVII en cuanto a que no está muy claro en que platos de la balanza hay que colocar las dudas y las certezas, si es que de

[3] "Paseo de los fantasmas". 2008
[4] "Nitos, cortapicos y callares." Escrito en 2003 y publicado en 2005 en Madrid.

éstas quedan algunas) y decidí escarbar un poco más en nuestro pasado más próximo.

La suspensión prevista de unas pocas semanas corre el riesgo de alargarse más de lo inicialmente intuido. Tal y como llevo la tarea, me temo que no terminaré nunca "los libertinos" que quedará como el tapiz de Penélope, inacabado. El plan que tenía en mente en sus inicios ha ido rompiendo sus propias barreras y ya no abarca sólo Cyrano y el XVII sino que llega hasta el siglo XX y que no se circunscribe al estudio del libertinaje erudito sino al de las ideas marginales y vanguardistas que han transitado por caminos diferentes a los de las ideas mayoritarias, las que hoy se denominan "políticamente correctas". Una labor de esas que se llaman de toda una vida pero que yo he iniciado cuando apenas me queda poco de ésa en el zurrón.

No me agobia prisa alguna porque sé que Ambrosio Dieguez, mi libertino particular y sus amigos, Cyrano, Gassendi, La Mothe le Vayer, la bella, sensual e inteligente Bushra, el redivivo Theophrastus con su ateísmo disfrazado y todos los personajes que deambulan por las páginas de mi, no titulado aún "libertinos", seguirán acompañándome pase lo que pase. Sé también que no me espera nadie para editar ese libro, que no llegará a existir, quizás siquiera nadie que quiera leerlo.

Eso me ha permitido alargar la suspensión sabática de su redacción para dedicar ese tiempo a la del subsiguiente Palimpsesto del que las *cruces de madera y de cemento* no son más que un preludio.

Este Palimpsesto, como su nombre indica es una escritura que se sobrepone a la del Nitos, anterior. Trata, si se quiere, de lo mismo pero de otra manera.

Si el regusto de té con magdalena hacía aflorar a Proust sentimientos y emociones desde lo más profundo de su

memoria, he querido en esta re-escritura deshacerme del té del que está empapado mi Nitos para intentar un análisis desapasionado (en la medida en que pueda existir la no-pasión) de nuestro momento actual.

Para eso es necesario, y siempre lo he creído así, saber quien mira y desde donde se efectúa la mirada porque no existe mirada neutra.

En el **Libro Segundo**, **"los alcornoques",** hago un rápido recorrido de mi entorno familiar, el crisol cultural del que provengo.

Luego en el **Libro Tercero**, **"el corcho",** recreo el camino que he, yo mismo, recorrido con las apostillas que han surgido de mis andanzas por las diversas militancias, sindicales o políticas que he conocido en el crepúsculo del siglo XX.

La segunda parte del Palimpsesto, comenzará con un categórico "el hombre es un animal" para intentar hacer en el **Libro Cuarto**, **"Las olas",** un recorrido por la historia del hombre, desde la biología hasta la configuración social de nuestro mundo actual, pasando por la cultura y las creencias, sus virtudes y sus defectos: oleajes todos generados por el hombre. Recojo en esta parte, y en gran medida, antiguos escritos, más o menos acabados, más o menos documentados que intentaré actualizar[5].

"Las mareas", el **Quinto Libro** que sigue al de las olas, también pretende actualizar una serie de artículos que escribí en los años 60[6]. Esos artículos, perdidos físicamente, pero muy vivos en mi memoria, trataban de los cambios

[5] Ver "La escritura para aclararse las ideas" en "Cruz de madera, cruz de cemento".

[6] Sólo llegaron a ser publicados a mediados de los años sesenta las dos primeras entregas en Renovación, el periódico de las Juventudes Socialistas, entregas que no iban mucho más allá de unas explicaciones y de unas definiciones de unos conceptos tales como automatización o cibernética y otros términos afines y que eran relativamente novedosos por aquellas fechas.

económicos y sociales que a diferencia de los que se comentarán en "las olas" no dependen del acierto o del error de la acción política del hombre sino de los cambios científicos y tecnológicos.

Si el preludio, cuyo título se basa en una expresión infantil francesa, toma inicio entre lucubraciones sobre un tiempo encontrado a trompicones durante las horas de descuento, el **Sexto** y último **Libro** es un epílogo que lleva por nombre **"la felicidad de los canastos",** título inspirado por un verso de una canción de Georges Brassens[7], hará un alto en el camino andado a lo largo de los cinco libros anteriores para intentar, entre tanto fárrago, encontrar alguna Cruz del Sur que pueda servir a orientar nuevos derroteros. Algo de luz, algo de esperanza. Pero al final, puede que sólo quede que, como Diógenes en su inacabable y agotadora búsqueda de hombres y harto también de preocuparse por ellos, uno envidie la suerte de los cestos que consiguen ser felices simplemente porque no ansían nada más que ser eso, unos simples canastos.

C.A.
Diciembre de 2011.

[7] "Le mécreant" (el descreído). París, 1960.

PALIMPSESTO

SIN REGUSTO A MAGDALENA

Primera parte

Libro primero Cruz de madera, cruz de cemento… 11

Libro segundo Los alcornoques……. 55

Libro tercero El corcho…….……. 133

Índice onomástico…….…….. 273

LIBRO PRIMERO

LIBRO PRIMERO

CRUZ DE MADERA, CRUZ DE CEMENTO

Todo comenzó cuando toda había acabado..... 15
¿Tiempo liberado, tiempo encontrado
o tiempo sobrante?..... 16
Ocupar el tiempo sobrante..... 16
Pasar de la pasividad a la actividad..... 18
Ser escritor..... 18
La escritura como tarea..... 20
La escritura para transmitir ideas..... 21
La escritura para aclararse las ideas..... 24
La palabra y el lenguaje..... 26
Reconstrucción de un mundo por medio del lenguaje..... 26
La estética de las palabras..... 28
Escribir por escribir..... 29
La magdalena..... 30
No fue testimonio, sino terapia..... 32
La construcción del libro..... 32
La conflictiva relación con la verdad..... 33
La verdad inverosímil..... 41
Testigo de medio siglo..... 44
Crónica personal de un final de milenio..... 46
Las palabras vuelan, lo que está escrito permanece..... 48
Un hijo de exiliados en busca de sus patrias..... 49
Abducido por el exilio..... 51
¿Autor o escritor?..... 52
El palimpsesto..... 54

CRUZ DE MADERA, CRUZ DE CEMENTO

Cruz de madera, cruz de cemento,
Iré al infierno, si es que miento.

Croix de bois, croix de fer,
Si je mens, j´vais en enfer.
(Anejir infantil francés para asegurar que lo que se ha dicho es absolutamente cierto).

Enero de 2011.

Cuando en enero de 2003 empecé a escribir "Nitos, cortapicos y callares", no imaginaba el camino que emprendía en ese instante ni adonde me llevarían aquellas primeras palabras tecleadas en un ordenador.

Todo comenzó cuando todo había acabado.

Nuestra vida, mi vida, había sido densa en actividades y también en preocupaciones. Al estudio sumé el trabajo, y luego al trabajo sumé otros estudios. Después, añadí la militancia sindical y también la política. Más tarde llegaron los hijos que, aunque pasaron a ser prioritarios, no nos apartaron de anteriores ocupaciones... y también nuestros padres de los que tuvimos que ocuparnos desde siempre, desde

que los terremotos vitales que padecieron les hicieron vivir en unas geografías en las que no se manejaban con soltura.

De pronto y sin verlo venir, nos encontramos sin padres y sin hijos que, mejor o peor, se independizaron. También sin militancias en un proceso al que tendré ocasión de volver.

Entonces nuestra vida se llenó de tiempo, tiempo que comenzó a sobrarnos. Horas y horas de tiempo vacío.

¿Tiempo liberado, tiempo encontrado o tiempo sobrante?

Hace años, en mi época sindicalista, habíamos elaborado tesis sobre el tiempo que los trabajadores debían conquistar para su ocio y desarrollo personal. "El tiempo liberado", lo llamábamos. Una conquista del tiempo libre que no era más que la versión moderna, sin la connotación marxista (porque hay mucha gente que aunque esté de acuerdo con el contenido, puede sentir temblores sólo de pensar que alguien le pueda tildar de marxista) del "derecho a la pereza" de Lafargue, uno de los libritos más jugosos que he leído. Pero ese tiempo recién encontrado y que tenía entonces a mi disposición, no había sido conquistado por mí, sino que más bien me cayó encima como una losa, una lápida que marcaba el final de mi vida activa. No estaba preparado para eso. No era para mí un tiempo liberado sino sobrante.

Ocupar el tiempo sobrante

Una parte de ese tiempo fue afortunadamente ocupado por nuestros amigos Luis Muñoz[8] y Valentina Mejías, nuestros buenos amigos Luis y Valen con quien, una vez en nuestra mesa otra en la suya, hemos degustado platos de la

[8] **Luis Muñoz Cabañas** (Pepino, Toledo 1931). Abogado y poeta.

tierra tanto como presentaciones de rebuscada gastronomía acompañados por los caldos apropiados provenientes de la Ribera del Duero, de la Rioja, de Borgoña o del Médoc, dorados Gewurstraminer, limpios Albariños o finos de Jerez. Con ellos, en la mesa o en la sobremesa, hemos hablado de la tierra chica (Luis y Maritere son originarios de los campos de Toledo) y de la grande porque a la vida viajera que a Maritere y a mí nos ha tocado vivir, nuestros amigos sumaban su afición por los viajes por toda Europa, Turquía o Egipto. Mucho hemos hablado también de historia, de literatura o de poesía que Luis escribe y que él mismo nos leía, o mejor dicho recitaba puesto que, salvo excepciones, Luis ha recitado sus versos y los de otros poetas de los que tiene un profundo conocimiento sin utilizar más herramienta que la memoria.

Yo había sido cinéfilo y melómano. Antes de casarme, iba al cine tres o cuatro veces por semana, en general a lo que se llamaba entonces "salas de arte y ensayo", y asistía a infinidad de conciertos en mi calidad de miembro de las "Jeunesses Musicales de France", pero Maritere no era aficionada ni al cine ni a la música clásica y, con el tiempo, fui perdiendo aquellas costumbres. Creo que a ella en cambio le hubiera gustado bailar, pero al vivir conmigo olvidó con rapidez esa afición porque nunca me han atraído las pistas de baile. Resultó que el cine, los conciertos o el baile de salón, unas aficiones que llenan los crepúsculos de tantos otros vejetes, no podían ocupar los nuestros.

Después de unas semanas en las que miré una televisión de la que no había sido espectador durante lustros, me di cuenta de su total falta de interés y me recluí en la lectura y en la música. Había sido un hombre activo, incluso muy activo, pero lo único que me quedaba no pasaba de ser aficiones de hombre pasivo; leer y escuchar. Al menos esa etapa me permitió adentrarme en dos momentos musicales que no conocía bien, el de la época clásica por un lado y el de los

albores del siglo XX. Pude así hacer míos a Mozart, Bach y Haydn tanto como a Messiaen, Britten, Schoenberg, Janacek o Bartok... ¡Ah! Y Ravel del que voy apreciando la delicadeza a medida de que va pasando el tiempo.

El paso de la pasividad a la actividad.

No recuerdo muy bien el proceso que me llevó a ponerme a escribir, pero un día me puse a hacerlo. Es posible que fuera mi inaptitud a recibir mensajes (de escritores o de músicos) de manera inerme sin generar yo mismo mis propios mensajes. Fuera ése un postrero y desesperado intento de volver a ser activo, o fuera porque pretendía empezar con renovadas tareas una incipiente vida tras el cierre de la anterior, el hecho es que uno de aquellos días, me puse a escribir.

Lo que comenzó como el pasatiempo de un fin de semana, se ha convertido con el pasar de los días en la tarea que llena mi existencia. Han pasado siete años y ahora dedico la mayor parte de mi tiempo a eso, a escribir. A aquél Nitos he añadido "las Cumbres", "Mujeres" y "los fantasmas"[9], además de los tres tomos de los "libertinos" que tengo en construcción desde hace más de cuatro años y del que me queda, si bien va la cosa, otro año más de tarea. Al día de hoy, he escrito más de 1500 páginas repartidas en siete libros, aunque dos de ellos estén sin acabar.

Ser escritor.

Resulta entonces que me he convertido en escritor.

Me sorprende a mí mismo escribir esa palabra, como me sorprendió cuando Francine, una amiga con la que corres-

[9] "El viento frío de las cumbres", novela (2005), "Mujeres, y otros seres humanos" (2006) y "Paseo de los fantasmas" (2008), ambos de relatos.

pondía, me dijo sentirse honrada o satisfecha, no recuerdo ahora su palabra exacta, de mantener correspondencia con "un escritor" ("écrivain", ponía ella, en francés).

—No, no soy escritor, —le contesté— tan sólo escribo.

—Una cosa es escribir y otra muy distinta la de escribir "libros" —me puntualizó ella— y eso es ser escritor.

Yo, en cambio sentía, como lo siento ahora, un cierto pudor en usar esa palabra para definir una afición que ocupa mi presente pero que he llevado en mi cabeza desde siempre. De alguna manera coincidieron en esa apreciación dos buenos amigos, Rafael Fernández Tomás y José Valentín Antón que, cada uno con su forma de ser, valoraron el "Nitos" en cuanto suponía un trabajo de envergadura y con cierta entidad. Creo que lo que apreciaron fue mi perseverancia y el tesón en terminar un trabajo que había requerido cientos de horas de trabajo. Eso me recuerda una anécdota atribuida al padre de Georges Gershwin y que he leído no sé dónde. Gershwin era entonces un conocido compositor de canciones en los Estados Unidos de los años veinte cuando escribió su "Rhapsody in Blue". Su padre, al escucharla, sintió una real emoción cuando comprobó que esa obra duraba más de 15 minutos. Por lo visto, para el progenitor del que en esos días era el autor famoso de éxitos como "Swanee" tarareados en el mundo entero, el hecho de que escribiera una obra para piano y orquesta sinfónica de esa longitud convertía a su hijo en "músico" mientras que antes no era más que un "autor de canciones" que no duraban más de tres o cuatro minutos. Ser "músico" para él dependía de haber sido capaz de escribir una obra tan larga como que duraba 16 minutos y medio. Siguiendo ese mismo criterio, ser "escritor" dependería entonces de haber sido tan cabezota como para no cejar en el empeño hasta escribir una obra de más de 300 páginas. Si eso es así, entonces sí soy escritor,

más aún cuando he escrito la friolera de cinco obras, además de otras dos bien entradas en camino.

Dicho eso, otra cosa muy distinta es que este escritor tenga lectores, pero… ¿tiene eso alguna importancia?

Lo anterior viene a cuento porque si cuando empecé a escribir el Nitos no era escritor, ahora, pasados siete años y 1500 páginas más tarde, puedo serlo y eso conlleva, así lo creo, otras implicaciones como por ejemplo la de preguntarse si el escritor que soy hoy escribiría aquél libro, y si así fuera, lo escribiría de la misma manera.

Lo único cierto es que cuando me puse a aquella tarea no buscaba nada en concreto y me puse a escribir un impromptu porque yo no pretendía mucho más que tirar una piedra en el estancado charco de mi aburrimiento. Podía haberme puesto a cultivar un rosal como el Principito, a emular al aduanero Rousseau pintando cuadros "naifs" o más simplemente ir a sentarme a un parque para mirar a señoras mayores (tan o más mayores que yo, claro) tirar miguitas de pan a las palomas. Pues no, a mí lo que se me ocurrió fue ponerme a escribir.

Pero, lo cierto es que siempre he escrito y siempre me ha gustado escribir. No sé muy bien por qué pero siempre lo he hecho.

La escritura como tarea.

Desde que aprendí a leer y a escribir, he escrito cartas. Mi familia materna vivía en Madrid y nosotros, exiliados, en París, pero mi madre se negaba a aceptar esa separación y rara era la semana sin que se cruzaran noticias entre ella y sus hermanas, sus tíos y sus primos. En cada carta que mandaba había algún párrafo escrito por mí. Desde los seis o siete años, yo tenía que escribir al menos una vez por semana. Ahora pienso que mi madre me obligaba a hacerlo

para que escribiera en castellano, un idioma que para mí sólo existía entre las cuatro paredes de nuestra casa. Muchas veces ese ejercicio me disgustaba porque hubiera preferido dedicar ese tiempo a jugar o a leer novelas de Jack London o de Julio Verne, mis favoritos cuando tenía nueve o diez años, pero mi madre para eso era inflexible. Como yo no sabía qué cosas escribir a unos familiares a los que no conocía o a los que sólo recordaba con dificultad, ella me decía: *cuenta lo que haces en el colegio... cuenta lo que has hecho esta semana... cuenta donde hemos estado el domingo pasado... cuenta... cuenta... cuenta.* Y yo tenía que escribir para contar y explicar mi vida de semana en semana. Ahora con el tiempo, dudo que esas cuartillas fueran todas remitidas a mis tías y primos. Más bien creo que era un ardid de mi madre para obligarme a hacer unos ejercicios que la escuela no me pedía. Era como si me añadiera una tarea escolar más, pero en mi casa y en castellano.

La escritura para transmitir ideas.

En cambio, no fue ni castigo ni obligación cuando más tarde, con doce o trece años, escribí un sainete, en francés claro porque era el idioma que utilizaba en todos los aspectos de mi vida de niño excepto para comunicarme con mis padres. En él teatralizaba una investigación policial que intentaba, y lograba, descubrir al autor del asesinato de una condesa a la que habían encontrado en el frigorífico de su castillo debidamente fileteada, colocadas sus mollas en bandejas y con su cabeza adornada con perejil en la nariz y una manzanita en la boca. El hecho de que la víctima fuera una condesa no tenía una connotación especial, excepto la de tener algo más gancho genealógico que si hubiera sido una simple baronesa. Eso creo... no sé. La obra en un acto no contaba ni con trama ni con interés particular, sino que los

diálogos eran unos incesantes juegos de palabras, calambures y retruécanos. Era una comicidad simplona al nivel de niños, pero ahora me doy cuenta que desde siempre me ha gustado el manejo de la palabra o de las palabras y he notado que, en lo que escribo en la actualidad, las uso con cierta frecuencia de manera repetida en la misma frase para que el ocioso lector que acepte viajar conmigo, vaya y venga gracias a un vocablo o capte su sentido y su inverso a la vez, pero quizás y sobre todo me agrada la música que produce por sí misma y el ritmo de la oración en la que se encuentra.

¿Sería por eso que me gusta escribir? ¿Sólo para jugar con las palabras?

No ha de ser así, porque en el mismo cuaderno, después de aquella bufonada, me puse a escribir una novela con toda la carga dramática que podía manejar a mi corta edad, pero tras varios párrafos y habiendo elaborado mentalmente la estructura de tan magna obra, caí en la cuenta de que estaba rescribiendo "El Cid" de Corneille, aunque ambientado en mi aquél siglo XX. Fue tan grande mi desilusión cuando me percaté que la obra maravillosa que había ideado ya había sido escrita, y seguramente mucho mejor que lo que pudiera hacer yo (y además en verso) que abandoné para siempre, o eso creí, tan ingrata tarea como era la de escribir cosas que necesariamente ya estarían puestas sobre el papel (cuando no sobre pergamino) después de tantos siglos de civilización, y eso en gran medida por culpa de los malditos griegos que antes mismo de que los demás hubiéramos empezado a balbucear cualquier sonido ya habían escrito todas las tragedias posibles, todas la fábulas imaginables y todas las comedias (aunque en esto contaran con la ayuda del romano Plauto), no dejándonos a los infelices sucesores, más que la oportunidad de hacer recurrentes "remakes".

¡Malditos sean Hesíodo y Homero, Esquilo y Eurípides, Aristófanes, Esopo y compañía!

Derrotado de antemano, me retiré de esa contienda. No escribiría por nunca jamás ninguna obra maestra de la literatura ni del teatro, pero las palabras me seguían rondando por la cabeza y en el instituto, con mis largos catorce años a cuestas me empeñé en crear un periódico. ¡Qué vano intento! Cometí el error de querer hacerlo con un grupo de alumnos cuyo entusiasmo con la idea de ver sus nombres en la cabecera se apagó rápidamente cuando empezaron a darse cuenta del enorme y continuado trabajo necesario para que aparezca una sola palabra impresa en la hoja de papel. Como era de esperar, me quedé solo antes mismo de que saliera el número "0" de una publicación que ni siquiera tuvo nombre. Ahora me doy cuenta que hubiera sido más eficaz plantearle el proyecto al director de la escuela, el señor Edouard Bled, prolijo autor de libros de ortografía y gramática que inundó las enseñanzas primaria y segundaria de Francia con sus imprescindibles (y temidos) libros azules, y que de seguro hubiera estado encantado de involucrar a su alumnado en tareas de redacción, escritura e imprenta como, por otro lado, pretendía Célestin Freinet, otro pedagogo francés, coetáneo suyo, compañero y a la vez contrincante en activas militancias[10].

En el interregno entre aquellos balbuceos escribidores y mis actuales confidencias a un lector inexistente, he seguido escribiendo.

[10] Edouard Bled (1899-1996) y su mujer Odette (1906-1991), maestra en la misma escuela y coautora con él de los famosos "bled", militaron en la FEN (Fédération de l´enseignement national), una corriente cercana al Partido Socialista, mientras que Freinet (1896-1966) lo hacía en el Partido Comunista, por lo menos hasta que lo expulsaran en 1953.

La escritura para aclararse las ideas.

Por un lado, he tenido que redactar una cantidad bastante grande de informes de muy diversa índole a los que he tratado de cuidar la estructura sintáctica porque siempre me ha desagradado la redacción descuidada y confusa de los manuales de aparatos, de las normas tecnológicas, de muchos artículos de prensa o, más grave si cabe, de las leyes que ahorman nuestro quehacer diario. Soy consciente de que el idioma francés es el que ha tutelado mi formación de base y que mis textos en castellano han sufrido y sufren incontables ataques de galicismos en el uso de las palabras o en la estructura de las oraciones, pero he intentado ir corrigiendo cuantos defectos he ido detectando o me han sido señalados por mis mejores amigos.

También he escrito, y no pocos, textos para mi único uso y que he ido destruyendo una vez terminados. Era la receta que encontré para clarificarme las ideas. Ya decía Bacon que la escritura sirve ante todo para definirse a uno mismo.

Desde muy niño he leído mucho pero he sido un pésimo lector. He leído muy pocos finales de libros, y cuando he leído los finales, es porque no había leído lo anterior. Lo he achacado al hecho de que mi velocidad de lectura, que debe ser bastante corriente, dista mucho de la de mi entendimiento o de mi imaginación por lo que, cuando contrasto lo que estoy leyendo con lo que ya he adelantado mentalmente, me puede suceder que, o lo leído es tal y como lo había imaginado y entonces me aburre un relato o un discurso que ya he elaborado yo mismo con anterioridad, o bien lo que ha escrito el autor me parece carente de interés en el caso de que mi imaginación haya podido crear una versión y elaborar unos argumentos que me gusten más que los suyos. Sin

embargo me gusta empezar libros, tanto sean de ficción como si son ensayos, porque me permite iniciar nuevos desarrollos imaginativos, o razonamientos propios sobre unas premisas propuestas por el autor de turno. Es como si, empezando un paseo, me costara seguir la senda propuesta para irme a crear mi propio camino por la maleza de un sotobosque de sensaciones o de reflexiones y así descubrir mis sentimientos, mis miedos y mis fantasmas y no los del autor que me ha propuesto el principio del camino. Abrir mi camino con mis propios andares, como diría el poeta. Con esto no pretendo deslucir las virtudes de los autores a los que respeto (no a todos, desde luego, pero si a la inmensa mayoría), sino reflejar el malestar que me produce la sensación de ser incapaz de controlar mi pensamiento, de domeñar el funcionamiento de mi cerebro que siempre está actuando con más rapidez de lo que le permitiría ser útil. Esta circunstancia es la que me obligó desde la adolescencia a sentarme y escribir. Utilizaba la escritura como disciplina.

Eran tantas las ideas que se cruzaban (y se siguen cruzando) en mi mente, la mayoría de las veces simples esbozos, retazos de pensamientos muchas veces interrumpidos por otros divergentes o incluso contradictorios, que me vi en la necesidad de plasmarlas por escrito. El hecho de tenerlas que escribir me obligaba a perfilarlas, a rematarlas, a descartar los desarrollos segundarios para centrarme en las ideas básicas. Esa técnica de uso de la escritura para controlar mi constante desenfreno cerebral es lo que me ha permitido disciplinar un tanto el galopar constante de las ideas que, como centellas fulgurantes, han abigarrado mis pensamientos y me ha obligado, por la lentitud a la que obliga el hecho mecánico de escribir, a mantenerlos más a ras de tierra y no como si fueran una bandada de vencejos con sus erráticas y perpetuas acrobacias.

La palabra y el lenguaje.

La palabra constriñe mucho. Existe una brutal escasez de voces para poder expresar tantos matices de lo real y de lo imaginado, de lo sentido y de lo intuido y es entonces cuando me daba (y me doy) cuenta que de nada sirven las ideas si no podemos cercarlas, definirlas, plasmarlas, empaquetarlas en unos vocablos que puedan ser comprendidos por un prójimo y que ese prójimo entienda lo que hemos encerrado en ese paquete. Porque si no hemos logrado meterlas en la palabra, las ideas fulgentes no son nada, no tienen vida, no llegan a existir. Como decía Wittgenstein, los límites de nuestro lenguaje son los que definen los límites de nuestro mundo y lo que no hemos podido o no hemos sabido expresar no llega a existir. Al menos en ése mi mundo.

Reconstrucción de un mundo por medio del lenguaje.

Es lo que, posiblemente, quería decir en "Nitos" cuando hablaba de la reconstrucción de los objetos de la memoria para recolocarlos en mi museo mental. Adelanto ahora esa posibilidad porque cuando lo escribí no había reflexionado sobre ello, y aquella idea no suponía ser la consecuencia de un análisis, esto es; la reconstrucción de mi mundo haciendo pasar mis sensaciones por la criba de un lenguaje que fuera capaz de captar un sentido unitario a la suma de los episodios descritos en el libro. Era más bien la aceptación de una evidencia; la yuxtaposición de esas peripecias para su exhibición en la exposición de un museo virtual.

"El que quiera nacer, tiene que destruir un mundo" o "para nacer hay que destruir un mundo" eran unas frases que tenía grabadas en mi mente como claves para poder

"ser". Vivo con ellas desde los diecinueve años, pero no fue sino muchos años después cuando supe que las había escrito Herman Hesse. Hasta ese momento había pensado que eran mías. No recuerdo si las había oído por algún sitio o simplemente las había elaborado yo mismo porque definen a la perfección mi forma de pensar: sólo se nace como individuo después de ser consciente del mundo existente del que se viene y al que se abandona para crear el suyo propio. La frontera entre uno y otro mundo es para mí la conciencia y el paso de uno al otro lo que llamo el "nacimiento", consecuencia lógica de esa toma de conciencia.

La acumulación de memoria no es suficiente para haber comprendido su mundo. No deja de ser como la placenta en la que uno, feto, vive en la cálida comodidad de un mundo previo, pero la ordenación de los hechos recordados, su reconstrucción en "Nitos" por medio de un lenguaje que los convertía en inteligibles fue el parto del que me valí para nacer, para extraerme de ese mundo anterior. Paradójicamente, el uso inconsciente del pasado me ha servido de toma de conciencia para poder existir en el presente.

Y no es que fuera éste el primero de mis nacimientos en uso de conciencia. Ya había conocido esa experiencia con catorce años, cuanto me percaté y asumí que era exiliado, y luego con diecinueve cuando, a raíz del concurso de televisión, percibí la extensión del mundo y quise partir para andarlo, amarlo y cambiarlo.

Son esos momentos en los que se llega al horizonte divisado pensando que se ha llegado al confín del mundo y uno se da cuenta de que detrás de esa frontera existe mucho más mundo. Quizás sea lo que los místicos llaman haber visto la luz, u otro menos místico, caerse del caballo.

La estética de las palabras.

Volviendo a la escritura y puesto que estoy sincerándome sobre mi relación con ella, a los aspectos mencionados con anterioridad como la voluntad de exteriorización en mi adolescencia cuando quería proyectar ideas o contar historias, o el intento de interiorización en mi vida de adulto usando la escritura como disciplina mental o intelectual, habría de añadir un tercer aspecto relacionado sobre mi amor a las palabras, o mi ensoñación con ellas.

Más que sobre el uso de la escritura, me gustan las palabras, algunas palabras o grupos de palabras. No me gustan sólo por el concepto que definen sino por su forma o su imagen, también por el colorido que a veces me transmiten y desde luego por la musicalidad que atesoran cuando las pronunciamos. Todos esos son aspectos estéticos, que posiblemente sólo yo veo, y no conceptuales. Y esas palabras las he escrito, en las agendas que año a años descartaba, en hojas sueltas, en anversos de facturas, simplemente para ver escritos un sustantivo con un adjetivo que lo corrige, que lo suaviza, que lo atenúa, o que lo amplifica o lo endurece, pero siempre palabras cuya dicción tuvieran música, ritmo, que pudieran ser declamadas. Ese juego, si es juego, lo he hecho siempre, y con frecuencia encuentro en antiguos papeles, palabras o grupos de palabras que han quedado para ser utilizados algún día, por si algún día me ponía a escribir. Muchas veces la lectura actual de unas palabras escritas treinta años atrás no me produce la emoción que me transmitieron seguramente en su momento. Ahora no comprendo como pudieron gustarme, pero no me importa porque aunque lo haya olvidado, estoy seguro que entonces alcancé una satisfacción como las que tengo hoy con nuevos vocablos. Aunque no he de mencionar aquí algunos de esos ejemplos, porque son muy míos, puedo decir que en “Nitos”

hay varios de ellos escritos hace más de treinta y cinco años y que me obligaron a escribir algunos párrafos posiblemente innecesarios con el único fin de darles cabida. De igual manera, en "Cumbres" he utilizado otras palabras escritas hace quince años y pensadas para cerrar una novela (aunque en ese momento no me planteaba llegar a escribirla). En este caso no son las últimas porque detrás de ellas hay un epílogo escrito a última hora para descargar un final que yo quería de gran intensidad, pero forman el verdadero final de la novela, el de la desesperación vital del protagonista. Son las palabras con las que contaba antes mismo de empezar a escribir la novela cuya trama va enfocada a llegar y morir con ellas.

Algunas noches sueño con ciertos vocablos y eso me despierta, feliz de haber encontrado una buena combinación. Unas veces logro escribirla, otras muchas se me olvida antes de poder hacerlo. Hace dos noches (estamos hoy a 29 de enero de 2011) me desperté pronunciando dos palabras que me venían como anillo al dedo para los párrafos de "los libertinos" que estoy redactando estos días, pero eran las cinco y media de la mañana y no me levanté para escribirlas. Luego volví a dormirme y no he sido capaz de dar de nuevo con ellas. He tenido que dejar de lado esa novela porque no puedo concentrarme en el texto mientras estoy dándole vueltas a la cabeza para tratar de encontrar aquellas voces tan huidizas.

Por eso, he tomado un respiro y me he puesto a redactar estas líneas. Ya volveré más adelante a los libertinos.

Escribir por escribir.

Ahora veo que, puesto a ocupar mis horas muertas, entraba dentro de una cierta lógica que me sentara ante unos